

la muchachita judía de la horrorosa y blasfema época del nazismo, con el pelo suelto sobre las letras de la Biblia, podía aún afirmar: "Todavía tenemos esperanza, contra todo y frente a todo".

Ahora, no,; ahora la esperanza no tiene una silla disponible en la fiesta de los hombres. Los hombres de este calendario post último son escasamente festivos porque solamente se celebra la libertad, y esta está empeñada. Los hombres del fin de siglo viven la experiencia de la falta de libertad, aherrojados en una marginalidad donde la materia es opaca, o Dios no es sino la volada huída de un hermoso recuerdo, ojalá fuese besable su definición, tangible el amor, ciertas las utopías. El final de siglo constituye un reto imponente, una llamada a las creencias, una formidable necesidad de religiones y de poesía. Cuando los poetas están tan tristes como ahora mismo no es que los sueños hayan perdido la razón. Resulta que no hay razones para el corazón, porque hay que ponerlo en hora. Sigue el tiempo. El sol amanece cada mañana. Y hay que sembrar en los surcos de las palmas abiertas de las manos la voluntad de pervivencia, darle la vuelta a la bola del mundo, comenzar a admirarse otra vez desde el otro lado. Creer con irresistible firmeza en que el hombre tiene estatura transcendente. Que cien años son muy pocos años en la carrera de los otros. Que el cosmos ha estado madrugando durante muchísimas estaciones y de que Alguien es el Alfa y el Omega, y la ceniza, Resplandor.

